

el que había sentimiento y desesperación, amor y amenazas, añadió:

—Dentro de algunos días será una Corbiere ella también.

Y entonces, con el corazón henchido por los sollozos, incapaz de pronunciar una palabra, se volvió hacia Brossois, le cogió del brazo, le empujó hasta la puerta y salió.

II

Visita de cumplido.

Pocas semanas después, la condesa de Corbiere estaba sola en su gabinete de la calle de Santa Dominica, sentada cerca de una ventana con la frente apoyada en la mano izquierda, reflexionando.

Desde hacía mucho tiempo se encontraba en un estado de espíritu que admiraba á todos los que conocían su carácter altivo, inaccesible á las emociones de la ternura ó de la piedad.

En pocos meses había sufrido un cambio radical.

Estaba agitada por movimientos febriles: ella, que afectaba una indiferencia desdeñosa, una dignidad exagerada, se dejaba llevar por arrebatos indignos de una mujer de su condición.

Este cambio databa de su estancia en Sologne, el otoño precedente.

La carta de Teresa anunciándole su suicidio la había causado una irritación extrema.

Launay, que se encontraba con ella en el momento que la entregaron la carta, había sido testigo de su cólera sin comprender la causa.

En el fondo, la maldición de la desgraciada deshonrada por su hijo y abandonada por ella, la había turbado más violentamente que ella se confesaba á sí misma.

Sin embargo, trató de persuadirse de que aquello no era más que una amenaza vana, y no hizo nada por impedir la ejecución.

Los periódicos de los días siguientes la llevaron un cierto consuelo.

La historia de la joven que se había arrojado al Sena y que un desconocido que pasaba por el puente Real la había salvado, la pareció referirse á la antigua querida de su hijo.

Algunos días después supo por Launay que según noticias llegadas de la Boca del Lobo, Teresa debía vivir todavía, y á partir de este momento, no se volvió á ocupar de ella, y se mostró de una indiferencia completa por todo lo que concernía á los Montarón.

Fernanda, aunque muy fría con su madre desde las declaraciones que probaban á la condesa sus divergencias de opiniones y de sentimientos, la dió cuenta de dos hechos que tuvieron lugar con pocas semanas de diferencia: su encuentro con la duquesa de Reville, y la muerte del niño, ocurrida pocos meses más tarde.

Por la primera vez en su vida tuvo una satisfacción al saber un acontecimiento feliz para los Montarón, al saber la salvación de Teresa.

Su odio no llegaba hasta desear la muerte de una pobre joven á quien su hijo había amado. No sucedió lo mismo cuando su fiel Barasson volvió al castillo después de su corta lucha con Juan Montarón.

Y cuando el administrador, al regresar de Romorantin, la explicó cómo había sido despe-

dido por el bondadoso señor Desloges, y que el señor Robinier, en compañía del alegre Laconture, se había burlado de él, su despecho no tuvo límites.

Marchó á París, fué al ministerio de Justicia, habló con el ministro en persona y le expuso sus agravios contra los magistrados de Romorantin con una viveza extraordinaria.

El ministro la escuchó cortésmente; pero cuando, por fin, concluyó de hablar, mirándola con una especie de compasión la dijo:

—Veamos; ¿realmente persistís en creer en la existencia de Juan Montarón?

—Ciertamente.

—Quisiera pensar como vos; pero, entre nosotros, yo creo que en lo que ha ocurrido al administrador hay una intriga rara, una historia de mujer, por ejemplo, una invención, un pretexto, un marido engañado que se habrá vengado, tendido un lazo, y Barasson habrá atribuído el golpe á un enemigo imaginario... Esto no es más que suposición mía...

—Yo estoy segura de lo que digo...

—¿Luego según vos, vive ese Montarón?

—Como vos y yo.

El ministro era demasiado cortés para tratar de visionaria á una persona de edad tan respetable y tan rica como la señora de Corbière.

Llamó.

Se presentó un jefe de oficina.

—El proceso Montarón—pidió el ministro.

Un minuto después agitaba ante los ojos de la condesa una hoja de papel llena de líneas de

una gruesa y soberbia letra, debajo de las que se veían algunas firmas ilegibles.

—Ya veis—repuso—ese Juan Montarón está muerto, y bien muerto. Hé aquí la justificación oficial. Ya sé que tuvieron la atención de informaros de ello. Hasta tener pruebas en contrario, no conozco en Francia un solo magistrado que consienta en ocuparse de él.

La condesa tuvo que salir del ministerio deplorando la ceguedad de aquellos funcionarios incrédulos y adocenados que no creían en la afirmación de un hombre como Barasson, y entró en su casa más convencida que nunca de la existencia del pretendido muerto que apareaba á sus gentes.

Después de esta visita se encerró en un aislamiento que cada día se hacía más estrecho.

La muerte del hijo de Teresa la hizo más sombría y los remordimientos comenzaron á torturar aquel alma de hierro, que comprendía que el daño que había hecho no tenía remedio.

Pronto hubo una causa de preocupaciones más punzantes.

El conde Gabriel de Corbière, que no la veía casi nunca, no la había dicho nada todavía de sus proyectos de matrimonio.

Pero según un viejo proverbio, no hay fuego sin humo.

Poco á poco llegaron á los oídos de la madre noticias vagas de los proyectos de su hijo.

Sin razón precisa, porque Fernanda y su amiga Juana de Reville habían guardado el secreto sobre el encuentro en Suiza de la se-

ñorita de Corbière con la futura de su hermano, la condesa concibió algunos temores respecto á aquella boda que tanto la ocultaban.

Se irritó por el silencio guardado por su hijo.

Sus temores no debían tardar en cambiarse en verdadero terror.

Aquel día, en el momento en que se abismaba en sus reflexiones, fué distraída de ellas por el ruido de un coche que entró en el patio del hotel.

Levantó las cortinillas de la ventana y vió que quien se apeaba de aquel coche era su hijo Gabriel.

Respiró.

Las visitas del conde eran tan raras, que aquella debía tener algún objeto.

Por fin iba á saber lo que ardía en deseos de conocer.

Tomó una postura digna en su butaca y esperó.

La doncella entró en seguida y anunció:

—El señor conde Gabriel.

El conde parecía de buen humor.

—¡Por fin!—dijo la condesa.—¡Cómo te olvidas de mí, Gabriel!

El conde se excusó con su madre con las exigencias de la sociedad, el torbellino, el famoso torbellino que nos arrastra sin que pueda uno desprenderse de él.

—Y después—añadió con un punto de ironía—no ignoro hasta qué punto os es querido vuestro retiro, y tendría escrúpulo de turbarlo sin necesidad.

—Esa es demasiada reserva por parte de un hijo... ¿A qué debo el placer de esta visita?

—En primer lugar, al deseo de asegurarme por mí mismo del estado de vuestra salud.

—Es excelente.

—Después, al grato deber de informaros de una idea que tengo.

—Llegó el momento—pensó la condesa.

Y dijo en voz alta:

—¿Qué idea?

—Se trata de un matrimonio.

La condesa miró á su hijo de cierta manera, oblicuamente, con desconfianza, diciéndole:

—Me parecía que habíais hecho voto de no-rir soltero.

El conde contestó:

—Sí, en otro tiempo, pero esos son votos que no se cumplen, y menos cuando se encuentra uno con una mujer que puedo afirmaros que será la más graciosa de las condesas.

—¿Rica?

—No, no es rica.

—¿Noble?

—¿De nacimiento?

—Sin duda, de nacimiento.

—Es posible, pero no me atreveré á afirmarlo.

—¿Os burlais de mí, Gabriel?

—¡Dios me libre de eso! Quiero decir que sus padres no habiendo juzgado oportuno darse á conocer, puede suceder que sea de noble cuna, como puede serlo de la más baja,

—¿De modo que se trata de una criatura sin nombre?

—O por lo menos de una criatura rechazada... desconocida por su padre.

—Tendrá madre al menos.

—No. La madre murió cuando la hija estaba en pañales.

—Veamos... es increíble que haya recaído vuestra elección en una joven, por honrada que pueda ser, cuyo origen sea tal como decís...

—¿Por qué no?

—¿Tú no hablas seriamente?

—Os aseguro que sí.

—¿Te casarías con una joven sin familia?

—Mas vale eso que perternercer á algunas que yo conozco...

—¿Sin nombre?

—La daré el mio. Vale tanto como otro cualquiera.

—¿Sin fortuna?

—Esta es la última de mis preocupaciones.

—Sin educación. sin instrucción tal vez.

El conde sonrió de nuevo.

—Tranquilizaos—dijo.—Por esa parte mi futura ha sido bastante favorecida. Ha estado sometida á una educación de las más severas, que, además la daban por caridad.

—¿Se aprovechó de ella?

—Sí, se aprovechó más de lo que se hubiera podido esperar de los profesores á quienes la habían confiado.

La hostilidad de su madre no la causaba la menor emoción.

Su pensamiento estaba en otra parte.

Al advertirla, llenaba un simple deber de

cortesía, y no se ocupaba ni de su consentimiento ni de su oposición.

Desde hacía muchos años, tenía la costumbre de dirigirse solo y de no pedir jamás consejo á nadie.

La muerte de su hermano Rolando era la sola pena que había experimentado en su vida desde que era dueño de sus acciones.

Cada día estaba más enamorado de Elena; pero no tenía prisa por casarse con ella, puesto que la encantadora villa de la avenida de Bolonia estaba abierta para él á cualquier hora del día ó de la noche.

—El colegio en que mi futura pasó su juventud, no era tal vez de los mejores; pero con un temperamento como el suyo se forma uno á sí mismo: la escuela de la desgracia en que ha sido educada vale más que la en que una protección desconocida, pero nada desprendida, la había aprisionado.

—¿Decís?

—Aprisionado, encarcelado, si queréis, madre mía.

—Debéis exagerar.

—Dios mío, no. Esa es la palabra propia. Figuraos una especie de gran convento viejo, con paredes altas como una casa de tres pisos, patios llenos de polvo, salas desamuebladas, dormitorios de hospital y una directora fría como una nevera, sagaz como una araña y de fisonomía antipática, y comprenderéis lo que quiero decir.

—¿Y esa prisión se encuentra?...

—Podéis verla sin andar mucho... Está casi en París... en Passy.

La condesa se estremeció involuntariamente. Su cuerpo, seco como su alma, vibró de pies á cabeza.

Pero el conde se había inclinado hacia la chimenea, y armado de una tenaza dorada colocaba con cuidado un leño que había caído entre la ceniza.

No se apercibió de la turbación de su madre.

Su maniobra duró bastante tiempo.

Cuando se incorporó, había recobrado ya su sangre fría la señora de Corbiere, y le preguntó:

—¿La directora de esa prisión se llamaba?...

—La señora Julien.

La condesa no pestañeó.

Sin embargo, había entrevisto ya la terrible revancha que el azar daba á la desgraciada joven, tan cruelmente tratada por ella.

Pero todavía, por débil que fuese, podía conservar una esperanza.

Repuso con una tranquilidad que hubiese engañado al hombre más prevenido contra ella:

—¿De modo que vos, el conde Gabriel de Corbiere-Latouche, el jefe de la casa y de las armas, el único heredero de un apellido conocido, estimado por todo el mundo, habréis elegido, para asociarla á vuestra existencia, á una joven salida no se sabe de dónde, educada por caridad, gracias á la piedad de gentes que ni aun se han designado darse á conocer de ella ni de los demás?... ¡Es posible!

—Es verdad,

—¿Compensa al menos esa falta de nacimiento por cualidades superiores?

—¡Pschts!—hizo el conde.—La cualidad que yo quiero por encima de todas las otras es la gracia, madre mía, el encanto, la bondad, y esas cualidades mi futura las posee en grado supremo... Y además, ¿qué queréis que os diga?...

Se acercó á la condesa y añadió en tono casi íntimo:

—Hay entre el hombre y la mujer afinidades secretas, misteriosas, inexplicables que hacen con frecuencia que la más hermosa, la más seductora, la mejor, no tenga ningún atractivo para nosotros y no nos diga nada para emplear una expresión familiar y justa, mientras que otra, infinitamente menos dotada, de raza inferior, si quereis, nos atrae, nos domina y nos impulsa á las más increíbles locuras ó á los rasgos de heroísmo más contrarios á nuestra naturaleza... Elena es de esas...

La condesa se estremeció.

—¿Habeis dicho?—preguntó.

—Elena... Ese es su nombre... ¿No os gusta, madre mía?

La señora de Corbière se había puesto lívida, lo que se hubiera podido creer imposible por el color de marfil amarillento de su cara.

—¿Por qué me ha de desagradar?—repuso haciendo un esfuerzo.

—Yo lo había creído.

—Os habeis engañado. Continúad. Es del mayor interés lo que me contais. Jamás hubiera creído que un espíritu frío, razonable

como el vuestro, se dejase coger tan fácilmente en los lazos que esa mujer ha debido teneros.

—Elena no me ha tendido lazos... Cuando la ví por primera vez, ella no pensaba ciertamente en mí... Fué en la Opera, donde ella había entrado gracias á un billete de favor. Esto es daros en pocas palabras, idea de su situación. Vestía un trajecito negro muy mezquino, y sin embargo, á mis ojos eclipsaba á las que la rodeaban. Me pareció que yo la buscaba desde hacía largo tiempo y que acababa de encontrarla después de inútiles esfuerzos.

—¿Era libre?

—No.

—¿Casada?

—Por desgracia.

—¿Con quién?

—Con un pobre cantante con quien se había casado porque le debía la vida.

—Eso es muy novelesco.

—Nada absolutamente.

—Sin embargo..

—No... Vais á ver. Al salir del colegio Julien, del cláustro donde una protección cruel la tenía secuestrada, tuvo que ensayar el ganarse la vida con los conocimientos que había adquirido durante sus diez años de reclusión. Buscó discípulos, dió algunas lecciones de piano, porque posee admirablemente la música, pero no dió resultado su trabajo. Un día, falta de paciencia, cansada de una existencia humillante y precaria, trató de suicidarse.

—Ya lo véis... ¡Esa es la novela!

La condesa había pronunciado estas palabras con voz ahogada.

Cuanto más avanzaba el conde en su confianza, más terrible se hacía para ella la revelación.

—Nada de eso—contestó el conde.—Ese suicidio era de lo más común, el de una criada sin colocación, de una empleada hambrienta, el cubo de carbón de la obrera, abandonada por su amante.

El conde se animó.

—A ella no era un amante quien la había abandonado; eran los que hubieran debido rodearla con su ternura, compartir con ella su último pedazo de pan... Se portaron con ella peor que se porta con sus hijuelos el último de los animales. Fueron unos miserables.

Había cedido á un movimiento de indignación, contrario á sus costumbres.

Recobró en seguida su frialdad diplomática.

—Os pido perdón—dijo—de haberme acalorado tan tontamente por hechos difíciles de juzgar. ¡Quién sabe si el padre ó la madre de esa desgraciada no encargaron á un pariente ó á un amigo de su porvenir! ¡Quién puede decir si ese pariente ó ese amigo son los que han dejado de cumplir ese sagrado deber! Sea el que quiera el origen de la mujer que os hablo, he resuelto casarme con ella... Esto es lo que venía á deciros, querida madre.

—Pero aun no me habéis dicho su apellido.

—¿Si seré distraído?

—¿Se llama?..

—Elena Noel.

En este momento dieron en la puerta dos golpecitos.

Esta llamada fué oportunísima, porque por mucho que fuera la presencia de ánimo de la condesa, el desastre por que se veía agobiada era demasiado irreparable para que pudiese conservar cara impasible.

Se volvió hacia la puerta, pero no tan pronto que su turbación escapara á los ojos de su hijo.

—¿Qué tenéis?—preguntó el marqués.

Ella contestó secamente:

—Yo, nada.

Launay entró.

La condesa descargó sobre ella su ira.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué molestarnos?—preguntó airada.

La jorobada contestó con voz melosa:

—La señora marquesa de los Mineros pregunta á qué hora es la reunión.

—Decid que avisaré.

Y como Launay, sin dejar de observar á la madre y al hijo, abría la boca para insistir, su ama la despidió diciéndola:

—Está bien; marchaos.

El amor maternal, dormido hasta entonces, ahogado por otras pasiones viles y bajas, se despertaba en aquel corazón que necesitaba una fuerte sacudida para que así sucediese.

La marquesa presentía un drama imprevisto, punzante; iba á surgir de sus obras de odio.

Lo que acababa de saber por su hijo supera-

ba á los negros presentimientos que hubieran podido asaltarla, y ciertamente no habia ella pensado jamás un solo instante en el golpe que la hería de improviso.

Apenas si después de muchos años pensaba en la niña que su marido expirante habia confiado á su honor y á su lealtad.

¡La mujer que su hijo mayor amaba apasionadamente se llamaba Elena Noel!

¡El hermano amaba á la hermana!

¡Quería casarse con ella!

¡Era preciso contenerle á todo trance!

¿Pero cómo?

Permaneció un momento trastornada, sin poder darse cuenta de lo que la pasaba, pero conservando frente á su hijo la máscara altiva y casi impenetrable, sobre la que apenas se reflejaban sus emociones. Y al cabo de un corto silencio repuso con voz dura y con tono en que rugía una irritación sorda:

—En verdad que yo no estaba preparada para lo que acabo de oír. No comprendo bien lo que me decís.

—Es bastante claro, sin embargo.

—Sí y no.

Pasó los dedos por la frente, como para arrojar de ella una idea.

—Sigamos—dijo—¿Decíais que habéis decidido casaros con esa Elena Noel?

—Ese es mi deseo, en efecto.

—Bueno. Sois mayor de edad, y no vendréis á pedir mi consentimiento, supongo.

—Querida madre—dijo el conde—espero que no me lo negaréis, pero...

—Si yo creyera deber hacerlo, os pasaríais sin él; ¿es eso lo que queréis decir?

—Es una eventualidad que no quiero ni aun afrontar; pero amo bastante á Elena para no retroceder ante ningún obstáculo.

—Bien. ¿Pero no me habéis dicho que es casada?

—El tribunal del Sena ha pronunciado su divorcio.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos nueve meses. Dentro de algunos días puede volver á casarse.

—¿Y esperáis á que expire ese plazo?

—Con impaciencia, lo confieso.

La condesa se levantó.

—¿Qué día os casais?—preguntó.

—Como ya están arregladas todas las diligencias, dentro de tres ó cuatro días, mañana tal vez... salvo oposición de vuestra parte.

La señora de Corbiere movió la cabeza.

—No tenéis que temerla—dijo.—Solo que esa unión no puede agradarme, y me dispensaréis que no asista á la boda.

Esto fué dicho en un tono que no admitía réplica.

—Querida madre—respondió el conde,—eso será un gran sentimiento para nosotros; pero he previsto esa negativa. Si vos no se lo decís á nadie, la sociedad no sospechará nuestro desacuerdo. Mi boda con Elena Noel se verificará en Sena-y-Marne, en mi castillo de la Borde, á puerta cerrada, sin aparato.

—Habéis previsto todo.

—¿Sería hijo vuestro de otro modo? Os doy

las gracias por vuestro consentimiento... Espero que Elena, con el tiempo, sabrá hacer vuestra conquista como ha hecho la mía.

Cogió la mano de su madre, se inclinó galantemente y la llevó á sus labios.

Después salió sin pronunciar una palabra.

La condesa, despavorida, con los ojos fijos, escuchó el ruido de sus pasos que se alejaban, y apretando los dientes murmuró:

—No, ese infame matrimonio no se verificará.

En seguida llamó con mano furiosa.

Launay no estaba lejos.

Intrigada por la conversación del hijo y de la madre, sorprendida por la agitación de su ama, se había quedado en la habitación contigua, desde la que había oído algunas palabras que debían turbar su curiosidad.

Entró.

—¡Mi coche!—dijo la señora de Corbière.

Pocos momentos más tarde salía del hotel el cupé de la condesa.

Y Launay, más sorprendida que nunca del aire extraviado de su ama, se preguntaba:

—¿Qué pasa?

Se tocó la frente, y contestándose á sí misma, dijo:

—Es preciso que yo lo sepa, y voy á saberlo.

Y vivamente entró en el vestíbulo, subió la escalera y penetró en el salón que la condesa acababa de abandonar.

III

Mujer de la alta sociedad y mujer del pueblo.

La señora de Corbière huía de su hotel como de un sitio maldito,

Por más que se repetía, mientras que su cupé rodaba hacia la calle de Richelieu, que aquella boda era imposible, que no se verificaría, que ella sabría impedirlo, se sentía deteidan ante un obstáculo infranqueable.

Y, en efecto, un solo medio la quedaba.

Confesar la infamia de que se había hecho culpable no cumpliendo la recomendación de su marido.

Pero entonces se vería eternamente condenada á avergonzarse ante aquel hijo que acababa de hablar con el mayor desprecio de los cobardes que habían abandonado á Elena, que la habían tratado tan mal encerrándola en su infancia en la triste casa de Passy, en donde había vegetado tantos años sin padres, sin protectores y sin amigos.

La sería preciso confesar que había llevado la avaricia hasta negar á aquella abandonada una parcela de los millones de su padre.

Todo su ser se sublevaba contra este rebajamiento.

Cuando llegó enfrente de la casa de la comadrona, á quien en otros tiempos encargó del cuidado de Elena, de aquella confidente forzada de su infamia, se sentía más que nunca indecisa, turbada.